

ANGUITA

En estos días de muerte nos está dejando mucha gente. Aunque en muchos casos la edad y la salud hacían probable su final la pérdida, por lo irreversible, siempre es un momento doloroso.

En esta larga lista de ausencias hoy se ha sumado la de Julio Anguita al que mucha gente amiga llora con sentimiento. Yo no he sido nunca del Partido Comunista, ni siempre he estado de acuerdo con sus planteamientos. Pero su pérdida me sabe mal. Era una persona de una enorme honestidad y realmente involucrado en la política por una motivación ética y con una preocupación intelectual que raramente se encuentran, Incluso en sus propias filas. Mi único encuentro personal con él, recién llegado a la secretaria de Izquierda Unida daba un indicio del tipo de persona que era. Se trató de una reunión con la redacción de la revista Mientras Tanto a la que nos venía a pedir colaboración real en la construcción de su proyecto político. Venía con propuestas claras, directas. Con una invitación a participar con ponencias en un encuentro se podía, y se pudo, debatir abiertamente. Sin duda Anguita sobrevaloraba nuestra capacidad, y nuestro compromiso. Lo que me agradó es que no se trató ni de una reunión diplomática, como las que he tenido con algún otro político, ni una sesión propagandística. Nos ofrecía lealmente trabajo y debate.

Después coincidí con él varias veces en encuentros (y asistí de público a alguno de sus mítines) y siempre lo vi con la misma coherencia y sentido de responsabilidad. Su trayectoria ha sido clara: de una honestidad intachable. Es una desfachatez que cuando se mete a todos los políticos en el mismo saco y se muestre que personas de izquierdas como Julio Anguita o Gerardo Iglesias ni se forraron, ni se corrompieron ni se beneficiaron de privilegios (Anguita vivía de su pensión de profesor) se alegue que es porque no han tenido poder real. La corrupción no depende del nivel de poder que se tenga, sino de la actitud ética y política con la que uno se acerca a la vida pública. En esto soy anguitista. Me he referido también a su preocupación intelectual. Lo intelectual también está en cuestión. A menudo con razón, hay demasiado intelectual frívolo vendiendo verdades a cuatro euros haciéndolas pasar por reflexión profunda. Pero cambiar el mundo exige entenderlo (está es para mí una de las mejores enseñanzas de la tradición marxista) y reflexionar sobre cómo y hacia donde se debe cambiar. Julio Anguita lo ha hecho toda su vida, tratando de poner al día un pensamiento que requiere continua innovación. Una reflexión que a quien más interesa es a la gente corriente, a las clases trabajadoras (los ricos ya tienen un ejército de mano de obra que piensa para ellos). Por esto a veces sus intervenciones pecaban de un cierto didactismo, de ganas de transmitir de forma entendible su pensamiento, de voluntad de incitar a la gente a actuar contra la injusticia y la irracionalidad. No siempre he estado de acuerdo con sus posiciones. Pero estoy seguro que las transformaciones que exigen los problemas sociales y ecológicos que tenemos necesitan de muchas personas como Julio Anguita. Honestas, implicadas, generosas, reflexivas. Con las que trabajar, discutir, cooperar, luchar. Lo de Julio Anguita es irreparable. Pero no que otras personas ayuden a llenar el vacío que deja.